

XIII

Me llaman á la realidad.—Se prohíbe tocar.—Mis discursos al rey: el que pronuncio y el mental.—Norodom hace justicia á mi demanda.—Veo de cerca y toco.—La siamesa de los ojos verdes.—No es una aparecida.—Adios, señoras.—El álbum del rey.—Su retrato sin diamantes.—Partida.—Vuelta á Saigón.

A las dos de la mañana salí de mi sueño: M. Orsini, sin duda menos hipnotizado que yo, se inclinó hacia mí y me recordó que yo era un simple mortal diciéndome al oído:

—El barco en que va usted á marchar sale á las siete de la mañana. ¿No le parece á usted hora de irse á acostar?

—¡Acostarme! ¡Y solo, solo, en el hotel, de soltero, después de pasar la velada entre tantas mujeres y con un rey tan polígamo! Después he

meditado mucho acerca de lo que hubiera pasado si le hubiese dirigido este discurso: «Gran rey: en Francia, en nuestros museos y nuestros palacios, puede uno contemplar infinidad de obras de arte, de objetos preciosos; pero hay rótulos que dicen: «Se prohíbe tocar.» Lo mismo ocurre en vuestro palacio; se admira, pero sólo á distancia. ¿No sería posible, por excepción, acercarse y tomar un poco para darse mejor cuenta? ¡Oh! seré discreto. No os pido, para estudiarla bien, más que una sola de vuestras bailarinas. ¿Qué es eso para vos? ¡Teneis tantas, aun sin contar á vuestras favoritas y vuestras trescientas ochenta y seis coristas de la tribuna de enfrente!» Tan buenos amigos éramos, que me hubiera contestado, de seguro: «Elija usted!... Y bien sé yo la que hubiera elegido... cierta siamesa de ojos verdes, y bien formada... ¡tan flexible!... Pero para dirigir mi pretensión al rey hubiera sido preciso que alguien hubiera querido traducirla, y el doctor Ham se hubiera negado á ello. Como que vaciló largo rato antes de decidirme á repetir á Norodom la frase siguiente, más reservada y más hipócrita: «Yo he dado á los teatros de París varias obras, entre otras, la *Venus negra*, en la que parecía que las bailarinas llevaban riquísimos trajes y alhajas de

mucho valor. Pero todo era falso: la seda, el oro y los brillantes. Desearía, pues, que se me permitiese admirar de cerca uno de esos magníficos trajes, para poder decir en Francia, cuando regrese: «Allá, en el palacio del rey Norodom I, no hay nada falso, todo es de buena ley.» El doctor repitió textualmente estas palabras, ó bien las arregló á su modo, como había arreglado la locución «ponerse moños.» Ello fué que Norodom, en vez de incomodarse, se echó á reír otra vez, con más fuerza que antes, y se apresuró á dar órdenes para que quedase satisfecho mi deseo.

Quedeme un tanto perplejo durante algunos minutos, dudando si irían á presentarme uno de los trajes en cuestión, como una modista exhibe un vestido para que se admire la tela ó la forma. Hubiera sido un desengaño; era el contenido lo que quería yo ver, el cuerpo, el ser que acababa de cubrir aquella envoltura.

Sin duda me había comprendido Norodom: alzóse en seguida la cortina que separaba el estrado de las habitaciones particulares, y aparecieron ante mí las tres primeras incluso la siamesa de los ojos verdes. A una señal de su amo avanzaron y pude contemplarlas á mi gusto. Las telas eran magníficas. Los zafiros, los rubíes,

las esmeraldas y los diamantes, maravillosos.

Pero desdeñando todas estas riquezas, lo que más admiraba yo eran todos aquellos rostros adormecidos hace poco, despiertos ya, todas aquellas muertas resucitadas. Para comprobar su vitalidad y persuadirme bien de que no me las había con aparecidas, llegué hasta poner mano en una de ellas, y, por el calor de su cuerpo, comprobé su existencia. Norodom, en vez de enfadarse, seguía riéndose. ¡Ah, qué buen príncipe! Pero no llevó más adelante su bondad y las tres bailarinas se alejaron gravemente, después de saludarme juntando las manos y llevándose las á la frente, y doblando las rodillas durante un segundo. Esto es muy respetuoso y muy cambodgiano. Hubiera yo preferido menos respeto, de sabor local, y un poco más de libertad parisiense.

Esta hermosa fiesta terminó prosáicamente: S. M. mandó traer un magnífico álbum y me rogó que escribiera en él algunos renglones. Aproveché la oportunidad para darle por escrito las gracias por su recepción y decir con la mayor sinceridad lo que pensaba de este rey, que es á la vez, según he visto por mí mismo, un verdadero artista.

El doctor Ham se apresuró en esta ocasión á

traducir lo que acababa de escribir yo, y Norodom, satisfecho sin duda del cumplido, me prometió en cambio su fotografía, con algunas palabras escritas por él. Ha cumplido su palabra, pues he recibido el retrato un mes después de mi llegada á Francia. No estaba rodeado de brillantes, lo confieso, y no puedo quejarme de ello; el rey los guarda para sus favoritas y sus *Lakhons...*, y hace bien.

Después de despedirnos de S. M. hemos sido conducidos á nuestros carruajes por los mandarines, con el mismo ceremonial que al llegar.

He entrado en casa de Felicidad á las seis de la madrugada, tan dificultosamente como ayer. Los mosquitos... y quizá el recuerdo de la siamesa de los ojos verdes, me han tenido desvelado. A las siete me despedía de mis queridos compatriotas, cuya afectuosa acogida no olvidaré jamás. Luego me embarqué en el *Attalo*, y bajé por el río por donde había subido tres días antes.

A la noche siguiente desembarqué en Mitho, y por la mañana tomé el tren que por una vía preciosa lleva en tres horas á Saigón.